

Carlos Nessi

Camus y Houellebecq: *El extranjero* en la sociedad informatizada

La siguiente investigación pretende confirmar similitudes ostensibles entre las novelas *El extranjero* y *Ampliación del campo de batalla*, considerando esta última como la gesta finisecular del Meursault posmoderno.

Michel Houellebecq, nacido en 1958, es poeta, ensayista y autor de las novelas *Ampliación del campo de batalla* (Premio Flore, 1994), *Las partículas elementales* (Prix Novembre, y mejor libro de 1998 según Lire) y *Plataforma*. En 1998 recibió el Premio Nacional de las Letras.

Ampliación del campo de batalla (1994) es la primera novela de Houellebecq. Al igual que *El extranjero*, está narrada en primera persona. El protagonista es un ingeniero informático, hastiado de todo y de todos. Su peregrinaje de autómeta lo lleva del trabajo a su casa, sin escalas. Los temas principales de la novela son la paulatina desaparición de las relaciones humanas, la indiferencia pasmosa del hombre de las grandes ciudades y el sexo como brutal sistema de diferenciación social.

Como Meursault, el protagonista está consumido por el desafecto de los desencantados. La afirmación de Tibor Fischer no parece desacertada: «Es *El extranjero* de Camus para la sociedad informatizada» porque si bien la naturaleza y razones del escepticismo de los personajes son diferentes, en palabras de Graciela Speranza, en *Ampliación del campo de batalla*, «El tono seco y el embotamiento moral recuerdan a Camus». Mas cabría hablar de cierto «proselitismo del resentimiento» en Houellebecq, ausente en Camus, que si bien manifiesta rebeldía contra la «norma», no así odio o rencor orgullosos.

A continuación se tomarán tres aspectos —la indiferencia, la minimización del valor de la vida, Dios y la religión— que, si bien no son idénticos en el enfoque dado por los autores, sí funcionan como puntos de referencia en el momento de resaltar las similitudes que guardan ambas novelas.

La indiferencia

El sentimiento de indiferencia en el narrador de Camus está, más que nada, insinuado por sus actos, como cuando, luego del entierro de su madre, y habiendo emprendido el viaje de regreso afirma: «mi alegría cuando el autobús entró en el nido de luces de Argel y pensé que iba a acostarme y a dormir durante doce horas» (p. 27). En Houellebecq, por su parte, la indiferencia del protagonista es de un mayor cinismo, porque parece ostentarla con malicioso orgullo: «No obstante, queda tiempo libre. ¿Qué hacer? ¿Cómo emplearlo? ¿Dedicarse a servir al prójimo? Pero en el fondo, el prójimo apenas te interesa» (p. 17).

Aunque Meursault actúa con un desgano sorprendente, no parece envanecerse de ello, como si ocurre con el protagonista —innominado— de la novela de Houellebecq, que constantemente hace gala de su indolencia, esa indolencia que lo aleja del mundo que lo llevó a ser lo que es: «Por otra parte, frecuento poco a los seres humanos» (p. 20).

La minimización del valor de la vida

Otra de las coincidencias notorias entre los personajes de ambas novelas es el asesinato. Es cierto que en *Ampliación del campo de batalla* el crimen no se consuma y el protagonista no es el eventual autor material sino el instigador. Pero es posible hablar de correspondencias. La primera y fundamental: el valor de la vida, que en virtud del hastío, el tedio y la desilusión se ve notoriamente reducido. En *El extranjero*, pareciera ser que ni el mismo Meursault acierta a decir el porqué de su actuar. Simplemente dispara a otro hombre, que es también él mismo. Es su negación definitiva ante una existencia que le resulta insoportable. Más aún, absurda. Por su parte, el cínico ingeniero de Houellebecq, habiendo decidido salir a bailar una noche junto a su fracasado compañero de oficina Raphael Tisserand —un auténtico adefesio, según su propia descripción— que

a los veintiocho años aún es virgen, también coquetea con el asesinato. Una vez dentro del salón de baile, sufren ambos por diferentes razones: Tisserand, por ser rechazado tercamente una y otra vez por las jóvenes que se mueven en el recinto; y el (anti)héroe, por ser testigo involuntario del patetismo de la situación. Cuando Tisserand observa que una de las jóvenes que lo había rechazado se retira del local con un joven apuesto, decide seguirlos, instigado por la mente perturbada del héroe sin nombre, que le sugiere: «Lánzate desde esta noche a la carrera del crimen; créeme, amigo mío, es la única posibilidad que te queda. Cuando sientas a esas mujeres temblar bajo la punta del cuchillo y suplicar por su juventud, tú serás el amo; las poseerás en cuerpo y alma. A lo mejor hasta consigues arrancarles, antes del sacrificio, alguna caricia sabrosa; un cuchillo, Raphael, es un aliado considerable» (p. 132).

Finalmente Tisserand no ultima a la mujer; pero ese «poder que brinda el acto de matar» tiene más que ver con el odio a la sociedad, que con la apatía demencial del disparo de Meursault, inspirada en el desengaño de que la vida sea como es.

Dios y la religión

La relación entre Meursault y Dios parece, o directamente es, nula. No cree —ni le interesa creer— en Dios. Su aburrimiento e incredulidad son tan grandes que la esfera religiosa no escapa a tales sentimientos. Seguramente el pasaje más elocuente de la novela, respecto a la religiosidad del protagonista, es el de su conversación con el sacerdote antes de ser ejecutado: «¿Por qué —me dijo— rehúsa usted mis visitas? Contesté que no creía en Dios. Quiso saber si estaba bien seguro y le dije que yo mismo no tenía para qué preguntármelo; me parecía una cuestión sin importancia» (p. 149). Los intentos posteriores del capellán de convencer a Meursault serán vanos. Respuestas irónicas y llenas de sarcasmo ante las insistencias del sacerdote acaban con un protagonista que se violenta como no lo había hecho hasta el momento. Su *aversio a Deo* y negación de la trascendencia son notoriamente ostensibles e irremediabiles.

El vínculo que une al protagonista de *Ampliación del campo de batalla* con el sacerdote Jean-Pierre

Buvet es de amistad. El primer encuentro que tienen en la novela se produce en un restaurante. Se podría decir que esta plática guarda bastantes similitudes con la anteriormente analizada en *El extranjero*. Por un lado, el hombre caído, desorientado y sin luz. Por el otro, el hombre de Dios, con respuestas atinadas a cualquier interrogante. La diferencia principal estriba en el contexto y en la relación que los une. Pero la conversación es también una suerte de irrealizable comunión destinada al fracaso:

La conversación se estanca. Picoteo los fideos caramelizados. Me aconseja que encuentre a Dios, o que inicie un psicoanálisis; me sobresalta la comparación [...] En su opinión, Jesús es la solución; la fuente de vida. De una vida rica y plena. ¡Tienes que aceptar tu naturaleza divina!, exclama; los de la mesa de al lado vuelven la cabeza. Estoy un poco cansado; tengo la impresión de que llegamos a un callejón sin salida. (pp. 37-38)

Hacia el final de la novela hay un segundo encuentro, que consiste en una confesión que el sacerdote hace al protagonista. Le refiere que se enamoró de una joven enfermera, llamada Patricia, con la que tuvo relaciones y que finalmente lo abandonó. Jean-Pierre afirma que nunca sintió durante su relación estar haciendo algo malo: «sentía que Cristo me comprendía, que él estaba conmigo» (p. 158). Más adelante afirma: «Mañana tengo que decir misa. No voy a poder. Creo que no voy a poder. Ya no siento la presencia» (p. 158). Así, la negación religiosa del antihéroe houellebecquiano —si bien existe— parece ser menos radical que la de Meursault. O tal vez de naturaleza diversa: en Camus la negación se centra directamente en el plano divino, mientras que en Houellebecq parece más orientada a la Iglesia como institución, con una clara invectiva contra el celibato y la presunta infalibilidad del comportamiento de los ministros consagrados.

Habiéndose contemplado y analizado los hechos y dichos de los héroes de ambas novelas, las conclusiones —mediante las citas, sobre todo— aparecen claramente esbozadas. A estas «primeras personas» las unen el tedio, la falta de esperanza, la irreligiosidad y la minimización del valor de la vida. Las separan otras varias aristas, pero ante

todo una, fundamental y determinante: la infelicidad de Meursault trasciende su época. La vida como situación real e inevitable (que rechaza de plano el suicidio) no puede parecerle dotada de sentido ni en 1942 ni nunca, porque la muerte se erige inexorable absolutamente siempre. La infelicidad del hombre posmoderno de Houellebecq, por su parte, nace del rechazo de la vida que le toca vivir, es decir, del momento histórico que degrada al hombre a niveles que, según su óptica, nunca nadie pudo siquiera sospechar. Tal vez, en otro momento histórico, ese hombre torturado hubiese encontrado su plenitud. Plenitud que para Meursault sólo puede existir bajo la forma de la utopía.

El extranjero y *Ampliación del campo de batalla*, pues, describen de modo implacable —aunque de manera diferente— la carencia de valores que caracteriza al hombre occidental desde los albores del siglo XX hasta nuestros días. Si hubiese que elegir una palabra para resumir tanta desolación ante la existencia sería «extravío». En los protagonistas de una y otra novela, en los protagonistas que ocupan nuestra vida diaria, en nosotros mismos, digámoslo, como protagonistas que parecen haber perdido el rumbo. Aquel rumbo que lleva a la plenitud de una existencia vinculada a lo Sa-

grado, al recogimiento a través de la interioridad y a la realización verdadera de *aquello* para lo que fuimos creados. Así, mientras Occidente vuelve su espalda a civilizaciones presuntamente atrasadas como muchas de Oriente, aquellas nos devuelven una imagen de espiritualidad que nuestras sociedades informatizadas y materialistas ni sueñan con concebir o valorar. Si el hombre olvida su naturaleza divina, al margen de las religiones, su impulso vital tarde o temprano se agota y su existencia se torna gris y sin sentido. El hombre desesperanzado es una voluntad acallada que naufraga entre el egoísmo y la espera atormentada de la decrepitud y la muerte. Pero lo esencial no desaparece nunca. Permanece intacto dentro de todos y cada uno de nosotros. Ojalá estemos a tiempo de acceder a otras esferas, más felices.

Bibliografía

- Camus, A., *El extranjero*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2002
 Cremanti, A., «Meursault, extranjero de sí mismo», *Gamma* n° 34, agosto 2001, Facultad de Filosofía, Historia y Letras, Universidad del Salvador (pp. 56-61)
 Estrade, F., *Albert Camus*, Barcelona, Océano, 2002
 Houellebecq, M., *Ampliación del campo de batalla*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2001